

LA INDUSTRIA SIN EL PROGRESO MORAL

CONFERENCIAS

1857

CONFERENCIA PRIMERA.

SOBRE EL PROGRESO MATERIAL.

SEÑORES : Antes de continuar el asunto que hemos comenzado, me permitiréis que os muestre en pocas palabras la carrera que ya hemos corrido. El progreso, dijimos, es la aspiracion mas legítima del género humano, la mas fecunda y la mas halagüeña. En especial es la idea, la pasion y la voluntad dominante del siglo, y por lo tanto es indispensable resolver la cuestion del *progreso*. Tal es la razon de habernos determinado á haceros ver, en la doctrina del Cristianismo, las condiciones, y en su historia, los efectos del verdadero progreso.

Toda doctrina del progreso, para ser verdadera, debe sentar desde luego sus dos grandes bases, á saber : el punto de partida y el punto de llegada. El Cristianismo las fija de una manera segura y determinada, pues apoya el punto de partida sobre los tres dogmas supremos de la creacion, de la caida y de la redencion; y coloca en la posesion misma de Dios, el término final del verdadero progreso humano.

Sentados estos dos puntos fundamentales se trata de saber en qué consiste la marcha progresiva que conduce del uno al otro. Aquí se presentan dos doctrinas radicalmente opuestas : la una hace consistir especialmente la marcha progresiva del linage humano en perfeccionar la materia; la otra la hace depender principalmente del perfeccionamiento del hombre. La primera de estas dos doctrinas es radicalmente anticristiana y retrógrada; la segunda es esencialmente cristiana y progresiva. En efecto, si el perfeccionar la materia por medio del ingenio del hombre, constituye un progreso, este no es mas que un progreso inferior y secundario; que por legítimo que sea en sí mismo, cuando llega á exagerarse, rompe el equilibrio, y arrastra á la decadencia.

Así el Cristianismo dá pruebas de una sabiduría divina, y muestra que tiene en su doctrina el secreto del verdadero progreso. En efecto, sin el progreso moral, todos los otros progresos tienden forzosamente á llevarnos otra vez á la decadencia; y vimos ya en nuestra última conferencia, en qué viene á parar, sin el progreso moral, el progreso científico, artístico y social.

En este día, sin otra interrupcion que la del tiempo, volviendo á tomar el hilo continuo de nuestras conferencias, voy á aplicar la misma demostracion al progreso material; es decir, que voy á indagar en qué deben venir á parar el progreso material y los adelantos de la industria, separados del progreso moral. Despues de haber establecido de este modo, y bajo todos sus grandes aspectos, la grande necesidad del progreso moral, sin salirme del mismo asunto, me colocaré el domingo próximo en un nuevo punto de vista.

Extendiéndose aquí el orador sagrado sobre esta materia tan de circunstancias, y tan interesante en nuestros días, viene naturalmente á recordar la memoria del malogrado arzobispo, Monseñor Sibour, que le colocó el año pasado en aquella cátedra, expresando con palabras llenas del mas vivo dolor, su profunda gratitud, y su firme propósito de corresponder á la confianza elevada que le habia dispensado el dignísimo y malogrado prelado, y la bondad con que su auditorio le escuchaba.

En seguida, volviendo á su asunto, pasa el orador á preguntarse: *¿A donde conduce la industria moderna, separada del progreso moral?* y prosigue, diciendo:

Que puede considerarse de dos maneras distintas, esto es, en su fin y en su medio; y que, tanto si se considera en el uno como en el otro punto de vista, puede ser causa de grandes males cuando llegue á su mayor apogeo, si no va acompañada del progreso moral.

I. Porqué el grande objeto de la industria en nuestros días es el goce sin límites; y lo prueba diciendo, que los productores producen de un modo indefinido para gozar de un modo tambien indefinido, que es lo mismo que si se dijera: inventan siempre necesidades nuevas para tener mas goces. Esto, que creen algunos ser efecto del actual estado de las ciencias, no es otra cosa, si bien se mira, que el efecto de los apetitos immoderados, y lo prueba el orador diciendo, que « el trabajo del hombre no tiene por objeto el crear necesidades, sino el satisfacerlas. Solo Dios crea las necesidades; la naturaleza las pone de manifesto, y el trabajo las satisface. » Hé aquí el origen de las necesidades del cuerpo, que son por sí mismas limitadas, puesto que el hombre no puede crecer indefinidamente sino en cuanto mira lo infinito. Y si de la teoría pasamos á la práctica, es preciso decir, que no solo aquella es inadmisibile, sino tambien que esta puede traer males sin cuento, como lo prueba el orador, diciendo:

Haced el ensayo de aplicarla (aquella teoría) al hombre en toda su extension, y seguid hasta el fin todas las consecuencias prácticas: *¿adonde debeis venir á parar desde luego? A la extenuacion de los cuerpos y al aniquilamiento de la vida.* El goce fué proporcionado al cuerpo del hombre, como la savia lo fué á las plantas, y como la sensacion á los animales. Provocad en una planta mas savia de la que

necesita; y vereis que produce una vegetacion desordenada, que despues de esta expansion estéril deja la planta débil y abatida. Excitad con exceso, en los seres vivientes, el deleite de la sensacion, y agotareis la vida ultrajando la naturaleza, llegando á hacer insípido el goce mismo. Hombres furiosos, ébrios y locos, impelidos por esta idea realmente llena de ébriosidad y de locura, han dicho en libros que fueron aplaudidos: *la vida, siempre la vida; y por lo mismo, el goce, siempre el goce.* Sí; con tal que sea el goce con medida, y la vida con regla. Pero tened cuidado: esta aceleracion de la vida, causada por medio de sistemas que ultrajan sus leyes, podría muy bien no ser otra cosa que la aceleracion de la muerte; porque este acrecentamiento indefinido del goce, que la naturaleza rechaza, no es en el fondo otra cosa mas, que la aceleracion de la decadencia fisica, producida tarde ó temprano en el cuerpo humano, por la excesiva excitacion del placer y la exageracion de la necesidad.

Adelante pues, y para llegar á ese ideal sublime, el *acrecentamiento indefinido del goce*, desplegad todas las fuerzas de vuestra industria: que en todos los puntos del globo y en todos los rumbos del cielo, conspire el ingenio del hombre con las fuerzas de la naturaleza, para obtener por todas partes y para todos, este resultado brillante de mantenerse, albergarse y vestirse, siempre de mejor en mejor: que esta ambicion generosa no tenga jamas limites; y que delante de ella, para animarla mas y mas, se abra el seno mágico de lo indefinido. *¿A qué vendréis á parar, si nada os detiene? — Yo os lo digo en verdad: vendréis á parar á la extenuacion de la vida, y á la degeneracion de la raza humana.* Para transmitir á nuestra posteridad una savia vigorosa, no quedarán mas que los hombres, á quienes una posicion excepcional haya librado de esas influencias nocivas. El labrador, que come su pan moreno bajo un cielo abrasador y con penoso trabajo, se formará con sus necesidades limitadas un cuerpo robusto, capaz de perpetuar la pureza de nuestra sangre y el vigor de nuestra raza; en tanto que los habitantes de las ciudades, enervados por el exceso del goce, se formarán cuerpos caducos, de los que saldrán generaciones raquíticas con los semblantes cubiertos de palidez.

Pero no solo los cuerpos reciben las heridas hechas á nuestra humanidad por esta teoría azarosa; sino que el alma en especial recibe de su apli-

cacion heridas profundas. En efecto, este principio, *producir mas y mas, para gozar cada dia mas*, no es solamente la extenuacion de los cuerpos : es la depravacion de las almas, es la inmoralidad misma. Así lo creo. Esta idea, inoculada en el alma popular, es el gérmen de la muerte inoculado en todas las virtudes ; es el deber de gozar substituido á todo otro deber, ó por lo ménos pasando insolentemente sobre todos los otros deberes ; es el goce solicitado sin cesar como objeto de la vida ; es la vida misma, recogiénose toda entera en el goce como en el punto central á donde deben ir á parar todas las fuerzas del hombre. Es la ley de la lucha, que se quebranta en el hombre ; es la represion que se desmorona por todas partes, y deja sin medida ni freno, todos los instintos de la concupiscencia : es el reinado del animal en el corazon mismo de la vida humana ; es la bestia que derriba al ángel, y le humilla con la brutalidad de sus triunfos y la grosería de sus victorias.

Al término de estas dos decadencias, hay una tercera : la decadencia de las sociedades, entregadas por esta teoría antisocial á continuas revoluciones y á trastornos inevitables. Es preciso estar poseido de la poca prevision que produce en el hombre el furor de gozar, para no ver el porvenir que el reinado de este principio prepara á las sociedades humanas. Yo me asombro de que hombres, que hablan sin cesar del progreso del linage humano y del engrandecimiento de las sociedades, no adviertan el principio de degradacion y de muerte social que está oculto en el fondo de esta fórmula tan vital y tan progresiva : *producir indefinidamente para gozar indefinidamente*. Yo oigo sus discursos, yo leo sus libros, y me quedo en un estupor doloroso al ver que las risas de nuestros sabios no tienen sentido comun siquiera el mas vulgar, y me digo á mí mismo al querer explicar este misterio de ceguedad : ¿ cómo no ven ? ¿ cómo no comprenden ? ¿ cómo no conciben, que este pensamiento, bajo cualquier fórmula que se produzca, no es mas que una continua provocacion á la revolucion social ? ¿ cómo no conocen, que una vez admitida su fórmula, jamas, ni aun el pueblo que goza, puede tener motivo de decir *descansemos, basta de goces* ? ¿ y que desde entónces, toda forma política y todo gobierno, que no hace gozar hoy, mas de lo que se gozaba ayer, debe caer mañana para dejar pasar sobre sus ruinas el progreso del goce indefinido ?

Así es, vosotros lo veis, que bajo el imperio de esta idea, que rige á

la industria moderna, todo sucumbe : el cuerpo, el alma, la sociedad ; todo degenera, todo se hunde, todo se precipita ; todo toma la rápida pendiente que conduce á la barbarie, por medio de todos los prestigios de la civilizacion. Y no debe admirarnos : porque este principio, aplicado á la humanidad en toda su extension, es la barbarie misma, es la muerte de la *civilizacion*.

¡ Ah ! nosotros hemos pronunciado á menudo y con mucho ruido esta palabra, que se ha hecho célebre en nuestra época : ¡ *civilizacion* ! Estas dos palabras : *progreso* y *civilizacion*, son como los dos ecos de la voz, que llena hoy dia toda la tierra. Pero ¿ donde pensais que reside la esencia de la verdadera civilizacion ? Si diéramos oido á ciertos hombres de nuestra época, fascinados por los resplandores del progreso material, casi creeríamos que el pueblo mas civilizado es aquel que tiene mas y mejor que todos los otros pueblos, caminos de hierro, barcos de vapor, alumbrado de gaz, telégrafos, palacios de la industria : el pueblo, que tiene la lonja mas célebre, el banco mas rico, el numerario mas pesado, el capital mas elevado, el comercio mas activo : el pueblo, en fin, que puede ostentar un lujo de trages, de festines, de muebles y de habitaciones, ignorado de todos los otros pueblos.

Pero nada es mas falso : todo esto puede ser un adorno, una decoracion, un aderezo de la civilizacion, pero no es la civilizacion misma. La civilizacion de un pueblo es su educacion ; y la educacion legítima y verdaderamente civilizadora consiste, ante todas cosas y mas que en todas las cosas, en el desarrollo del corazon y en la cultura del alma. Haced la prueba de desarrollar y agrandar todo en un niño, excepto estas dos cosas, el *alma* y el *corazon* ; y haréis un bárbaro en miniatura. Lo mismo sucede con un pueblo. Desarrollad en él todas las fuerzas del cuerpo, todos los instintos de la carne, todo en fin, ménos el alma y el corazon ; haced que en ese pueblo tengan todos el bienestar, conveniencias, riquezas y placeres ; que la Icaria venga á ser una realidad, y la Icaria no será mas que una barbarie ; barbarie vestida de seda y en carroza dorada ; barbarie, que tendrá palacios en vez de chozas, pero siempre barbarie. Y en efecto, ¿ qué importa que el hombre lleve un vestido mas fino, que tenga alimentos mas delicados, muebles mas pulidos y una habitacion mas espléndida, si en sí mismo no es mas pulido, mas fino, mas delicado, mas cultivado, mas moral, en fin, por

lo que toca al alma y al corazón? Civilizado en el exterior, permanecer bárbaro en el interior.

Así pues, cuando estos dos fenómenos llegan á encontrarse en un mismo pueblo, en el mismo punto del espacio y del tiempo, esto es, el progreso material y la decadencia moral; entónces estas dos cosas hacen mutuamente en el seno de la sociedad un contraste sorprendente. En lo exterior, superficies de un pulimento que encanta la vista; en lo interior, amenazas que asustan á las almas: de una parte, magnificencias que admiran; de otra, furores que consternan: por afuera, todo alza la voz para gritar: *civilizacion*; por adentro, todo levanta la voz para gritar, todavía mas recio: *barbarie*.

Así es que, cuando uno oye el ruido que resuena en la superficie del mundo social, y escucha con atencion los murmullos sordos que salen del fondo del mismo, no puede ménos de experimentar un terror secreto; y entónces, preguntarse á sí mismo, lleno de espanto, ¿si llegaría tal vez la sociedad á uno de aquellos momentos terribles, en qué el fantasma de una civilizacion engañosa esté próximo á desaparecer repentinamente en el fondo de una barbarie verdadera! Se oye que dicen los labios: Nuestras costumbres se cambian diariamente en una blandura incomparable; la fraternidad se desarrolla y la civilizacion va adelantando... al paso que se oye á las almas que dicen en voz baja: Nuestros dias están cargados de amenazas desconocidas; proyectos horrorosos se agitan en el fondo de los corazones; la barbarie ya no está solamente en la frontera, sino que está tambien en el interior de las almas, y solo aguarda un soplo, que pase y le diga: *Esta es la hora*.

Después de ocuparse el orador en patentizar los males que puede producir una industria, que ha tomado por tema: aumentar indefinidamente las necesidades, para aumentar indefinidamente los goces; pregunta: ¿Si hay algun medio de moderar esa aspiracion de la industria moderna hácia los goces indefinidos? y responde, que este medio consiste en « aumentar indefinidamente las necesidades del alma, para disminuir proporcionalmente las del cuerpo, y excitar en el corazón de las generaciones presentes, el hambre y la sed de todas las virtudes, que el cristianismo desarrolla en el corazón del hombre, » y así da fin á la primera parte de su discurso.

II Pasando desde luego á la segunda parte, se propone probar que la industria, si no va acompañada del progreso moral, no solo nos amenaza con la teoría que se ha formado y que pone en práctica, sino tambien con el instrumento de qué se vale; y este es *la conquista de la materia por medio de la libertad, y la toma de posesion de las fuerzas de la naturaleza, mediante el ingenio del hombre*. Si no hubiese un desarrollo moral bastante fuerte para asegurar en las manos del hombre el uso saludable de este terrible instrumento, podría aquel volverlo contra sí mismo para su propia ruina. El orador con-

sidera de dos maneras lo terrible de este instrumento: 1º por las proporciones colosales que puede y tal vez debe darle con el tiempo, el progreso material, en el cual, si es indudable que la fuerza multiplica la fuerza, lo es tambien que á cada paso sube el hombre un escalon de mas; 2º por el carácter de fatalidad anexo á la naturaleza del instrumento, siendo como es sabido, que las fuerzas de la materia no tienen libertad al desarrollarse. Además, las fuerzas del hombre podrán disminuirse al paso que aumenten las de la materia; y cuanto mas el hombre, con su poder y libertad, haga progresar la materia, tanto ménos fuerza y libertad le quedará para defenderse contra ella. Para dar mas fuerza á esta segunda consideracion, presenta el siguiente ejemplo, no como demostracion, sino para ilustrar la idea de lo que va diciendo:

Vosotros estais muy contentos por el descubrimiento del vapor y la invencion de vuestros ferro-carriles, y teneis razon para ello, porque atestiguan vuestro dominio sobre la materia; y cuando correis de una frontera á la otra con mas rapidez que todos los conquistadores, parece que decís con orgullo: *dejad pasar á los reyes del mundo*. Pero id con cuidado, porque esa misma dignidad real os crea una servidumbre que teneis que sufrir por fuerza. Cuando subís á ese convoy, como sube un vencedor al carro del triunfo, vosotros sois reyes, no hay duda, pero reyes que abdican: allí vuestra autoridad real pertenece al vapor, y vosotros entregais vuestro cetro á la locomotiva. Allí, os diré yo con un autor contemporáneo, vosotros no sois siquiera hombres, sois *una cosa*, y no sois mas dueños de defenderos contra la violencia de la máquina, que un *fardo* que es arrastrado con vosotros con una rapidez y servidumbre iguales. Vosotros no os veis precisados á pedir á vuestros pies ligeros, el poder para atravesar el espacio; pero os veis precisados, para acortar la distancia, á agravar sobre vosotros mismos el despotismo de la materia. Vosotros correis mas aprisa de Oriente á Occidente y de Mediodia al Septentrion, es cierto; pero os precipitais mas repentinamente de la vida á la muerte. Vosotros sois los muy humildes y muy impotentes súbditos de la fuerza que os gobierna, y os empuja para traeros vivos á la estacion, ó muertos á un abismo. Ahora decidme: ¿en qué consiste esta diferencia, traeros á la estacion, ó arrojaros á un abismo? A la suerte de una voluntad, á la eventualidad de un olvido, á la contingencia de una distraccion. Que el conductor de la máquina (esclavo tambien él, que arrastra á otros esclavos), olvide tocar ese resorte, ó mirar ese punto, y la materia triunfa de vosotros, y la máquina os mata. Pero, ¿que digo? una piedrezuela en el camino, algunos granos de arena en un rodage, son bastantes para precipitar á la muerte á los dominadores del mundo.